

SOBRE EL LEMA

«Una Iglesia sin fronteras, madre de todos»

Hacia una Iglesia sin fronteras e inclusiva

En la portada de un periódico, aunque no en la cabecera, aparecía el titular de que 3000 personas habían fallecido durante lo que va del 2014 intentando cruzar el Mediterráneo. Y esa frontera es la más peligrosa del mundo. No nos debe llamar la atención que el papa Francisco nos haya interpelado cuando las muertes en aquel desgraciado accidente en la isla de Lampedusa del año pasado, y que lo haga de manera continua y ahora con el *Mensaje* a propósito de la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado de 2015. Nos pide abrir nuestras puertas, romper las fronteras que nos impiden vivir como hermanos. Muchas veces recibimos estas noticias de una manera fatalista: no se puede hacer nada. Emigran porque sus países son muy pobres, hay mucha injusticia y persecución. Pero no podemos hacer nada. Sin embargo, tenemos en algunas de nuestras parroquias gente que ha sobrevivido a esa experiencia límite y han viajado en patera, y ahora son laicos comprometidos, e incluso alguno se ha convertido en sacerdote en nuestras parroquias. Sí que podemos hacer algo. En principio estamos poniendo unas fronteras físicas, geográficas, políticas, que pueden cambiarse. Y las peores son las fronteras mentales y las de nuestros corazones, que cierran las puertas a recibir al otro.

Hoy son más de 232 millones de personas las que emigran internacionalmente, el 3,2% de la población mundial. En nuestro país, más de 5 millones de la población ha venido de otras tierras, y casi medio millón son jóvenes que han nacido en España.

El tema de la migración es poliédrico, dado que tiene muchas caras: las caras de los fallecidos intentando cruzar fronteras físicas y mentales, ideológicas y políticas; las caras de nuestros vecinos que han venido allende el mar y con los cuales convivimos.

Con estos vecinos hoy compartimos nuestros puestos de trabajo, también nuestros períodos de paro, nos cruzamos en las calles, tomamos un café o una cerveza en los bares. Nuestros hijos comparten con sus hijos los pupitres, los libros, las clases en las escuelas, y los ratos de ocio en los parques, plazas, discotecas... Las madres de estos hijos cuidan también de nuestros hijos, limpian nuestras casas, cuidan a nuestros ancianos en sus casas y en las residencias de mayores. Nos sentamos con ellos en las escuelas, colegios e institutos, escuelas de padres y madres, para intercambiar opiniones sobre la educación de nuestros hijos y con los profesores. Y unos cuantos de ellos han cruzado las fronteras arriesgando sus vidas y de manera irregular. Y si bien muchos vinieron cuando España estaba en pleno crecimiento, sin embargo con la crisis no se han vuelto, sino que se han quedado participando de la mismas condiciones que muchos españoles pobres, pagando hipotecas, teniendo dificultades para encontrar trabajo (el 35% o más de los inmigrantes están en paro), unos cuantos han perdido también sus casas... Sin embargo, ya

tienen a sus hijos aquí, han hecho su vida en España y sus expectativas están más centradas en nuestra tierra que en las de sus orígenes.

Pero también compartimos con ellos nuestras vivencias religiosas, los sacramentos, la formación catequética. En mi parroquia un sacerdote coadjutor ha venido de Corea del Sur, la líder del coro es una joven guineana que es catequista junto a otros que proceden de Ecuador, Perú, República Dominicana. Muchos de los niños que van a catequesis son de otros orígenes, también en la preparación del sacramento de la confirmación. Y todos aportan su experiencia de fe, su manera de entender y vivir la religiosidad popular. Ahora conocemos y hasta participamos de la devoción peruana al Señor de los Milagros o a la ecuatoriana Virgen del Quiché, y ellos participan incluso como costaleros en las cofradías de nuestras procesiones en Semana Santa. De la misma manera Cáritas se ve enriquecida por la presencia de esta diversidad de orígenes, culturas y sensibilidad religiosa. En la eucaristía descubrimos que ellos no solamente son ellos, sino que son parte de nosotros. Empezamos a vivirlos como nuestros a la vez que nosotros también nos transformamos para ellos en sus hermanos. Empezamos a vivirlos en el mismo plano de igualdad.

En este sentido tenemos la referencia de Jesús, que también fue un emigrante junto a sus padres cuando marcharon a Egipto, lo que hoy entenderíamos por exilio, dada la persecución que sufrieron en su tierra de origen. En este sentido es en el que debemos acoger a esta gente, como si se tratase de Jesús y de sus padres. Un aspecto que hay que resaltar es el que nos enseñan los inmigrantes, el de un cierto desapego a lo que no es importante, porque ellos han tenido que separarse de sus padres, familia y amigos con el sufrimiento que eso conlleva, pero a la vez es fundamental la fuerza y esperanza que nos transmiten.

Nos enseñan también otras maneras de ser Iglesia, lo que nos hace desapegarnos de estructuras viejas e insolidarias a otras más comunitarias, inclusivas, donde nos reconozcamos distintos pero iguales, aprendiendo unos a otros. Porque ellos también han hecho sus esfuerzos para entender a la Iglesia española y compartir su experiencia de fe de manera distinta a como lo hacían en sus países de origen.

Estas realidades tienen que hacernos tomar con pinzas las noticias que nos muestran los medios de comunicación, porque pueden crear en nosotros actitudes de miedo y de insolidaridad cuando destacan que muchos inmigrantes vienen de África o de otras zonas y quieren entrar por nuestras fronteras de manera irregular, cuando las cifras estadísticas revelan que los africanos han descendido en la emigración a Europa y ha crecido la migración entre sus pueblos, muchas veces más pobres.

JOAQUÍN EGUREN, con Pasaporte Mundial n.º 85.858.